



EL CUERNO DE ÁFRICA

Los refugiados, Leopardi y la trenza en el pelo

La carestía y la guerra. Tres millones de personas no saben cómo llegar a mañana. Pero Victoria sabe por qué vale la pena quedarse allí

Paola Ronconi

Aquí, como en ningún otro lugar del mundo, la palabra “precariedad” está atada con doble lazada a la palabra “futuro”. Futuro aunque a un brevísimo corto plazo. Estamos en el Cuerno de África, en el centro de la mayor carestía de los últimos sesenta años: 80 mil muertos en los últimos cuatro meses, tres millones de personas que se preguntan cómo llegar al día de mañana.

Victoria trabaja en Nairobi, Kenya, desde donde coordina las actividades educativas de AVSI en Dadaab, a una hora de vuelo, en la frontera con Somalia, un campo de refugiados que en la actuali-

dad ocupa ya una extensión como Milán. Llegó a África en 2007, mientras estudiaba Ciencias de la Educación en Milán, gracias a unas prácticas de tres meses con AVSI. Después de cuatro años sigue allí. En los últimos tres meses han llegado al campo 100 mil desesperados, el 90% de ellos somalíes, escapando del hambre, la sequía, la guerra, las epidemias, la mayoría de las veces tras haber afrontado decenas de kilómetros a pie en el desierto. A menudo después de

haber perdido mujer e hijos por extenuación o descuartizados por los animales salvajes. «Organizamos cursos de formación para profesores y construimos escuelas en el campo», explica Victoria. ¿Pero cómo: la gente se muere de hambre y AVSI habla de educación? «Muchas veces he ido a mis jefes a preguntarles: “¿Pero quién nos obliga a hacerlo?”. Muchas veces he tenido la tentación de dejarlo todo y volver a Italia. Llegas allí, hay miles de problemas y esos ojos que te piden todo. Luego estás un tiempo con ellos, con los refugiados, hablas. Comprendes qué es lo que necesitan, además de las necesidades primarias». Las madres piden que sus hijos puedan aprender a leer y escribir, piden

«Un somalí, ex-profesor, estaba recitando *A Silvia*. Tan lejanos, teníamos algo en común. Cada uno lo llama como quiere, pero es la misma exigencia de felicidad»

un lugar seguro donde los niños puedan estar durante el día. Porque la alternativa es que acompañen a los adultos a coger agua o que jueguen en el desierto, con los animales siempre al acecho.

Lo que piden es una posibilidad de futuro, de esperanza, para que ellas y sus hijos puedan un día irse de Dadaab y construir una nueva vida. «Comprendes



que su corazón es exactamente igual que el tuyo», prosigue Victoria: «En julio, caminando por aquella extensión de tiendas y cabañas de trapos, de repente oigo hablar en italiano. Era un somalí, ex-profesor, había aprendido italiano de su abuelo. Estaba recitando *A Silvia*, de Leopardi. Aunque tan lejanos por historia, cultura y geografía, teníamos algo en común: la exigencia de felicidad y belleza. De bien. Cada uno la llama como quiere, cada uno la busca donde quiere. Pero es la misma». O aquellas mujeres, que sentían curiosidad por Victoria. Una se acerca, la recoge el pelo en una trenza, impecable. Las mujeres ríen: «Ahora podemos verte la cara».

«Quizá no las vuelva a ver, en medio de millares de refugiados», comenta Victoria: «Pero su sonrisa ya no me la quita de la mente nadie». No les queda nada, necesitan de todo. Pero saben que puede existir algo distinto. «Y yo he visto ese algo distinto: para mí la certeza de un bien tiene el rostro de Cristo, a quien encontré hace años a través de algunas personas. Hoy lo veo en aquellos que me acom-

«Bulle es un estudiante de 50 años. En clase se hace notar, y en vez de hacerlo callar, le doy la palabra. Y él da las gracias por la esperanza que les traemos a ellos y a sus hijos»

pañan cotidianamente a descubrir de nuevo cada vez más mis necesidades y por tanto a desear que también a los refugiados se les puedan despertar estas preguntas. Pero es necesario saber que no nos van a engañar: Él y sólo Él puede satisfacer la necesidad humana, y a veces se vale de nosotros. No somos nosotros quienes podemos salvar a esta gente, ni siquiera aunque pudiésemos resolver todos sus problemas. No lo digo por consolarme frente a tanta miseria. En Dadaab, como ves, estás con ellos y no te desesperas. «Entonces, ¿qué podemos hacer?, te preguntas. Escuchas lo que quieren, lo que necesitan. Construyes las escuelas en el campo. Las construyes de ladrillo, en lugar de las de latón. Y las haces pintar de colores. Con

poco basta, pues cuando uno ve algo bello, lo reconoce. Y esto no es más que lo que han hecho conmigo. Pero siempre es un reto, un tener que reconocer a Cristo presente cada día, sobre todo cuando te apetecería mandarlo todo a paseo».

Bulle es un estudiante del curso de formación; tendrá unos 50 años. Llegó a Dadaab desde Somalia hace más de 15 años. Ahora tiene tres mujeres y un montón de hijos. Ha sido el maestro de primaria de casi todos los otros estudiantes del curso, por eso le tienen respeto, pero le toman el pelo porque se comporta como un niño. «Un día visité su clase», relata Victoria: «Estaba con algunos profesores keniatas. Bulle se hace notar, y en vez de hacerlo callar, le doy la palabra. Da las gracias de corazón por lo que estamos haciendo y por la esperanza que les traemos a ellos y a sus hijos. De una cosa estoy segura: esto vale la pena.»

H